

COMPRE USTED
el lujoso
ALMANAQUE

de
La Novela
Semanal
Cinematográfica
con el que se regala
un estupendo

ALBUM
para coleccionar las
postales del año 1924

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

N.º 130

25 cts.



**PECADO DE
JUVENTUD**

por
Clara Wieth
y Carlos Wieth

FilmoTeca
de Catalunya

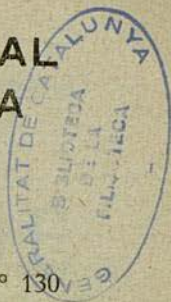


LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 130



Pecado de juventud

SENTIMENTAL PRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA, EMINENTEMENTE INTERPRETADA POR

Clara y Carlos Wieth

Nordisk Film Kompagni

Exclusiva de FILMS PIÑOT

Valencia, 228 - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MALCOLM MAC-GREGOR.

*Revisado por la
censura militar.*

PECADO DE JUVENTUD

Argumento de la película de dicho título

PROLOGO

La acción se desarrolla en Copenhague.
Clara Horbor, huérfana y sola en la vida casi desde su infancia, ganábase el sustento como empleada de una guantería.

Era tímida y joven; buena y dulce como todas las mujeres que aman en silencio lo que no les fué nunca dable amar en realidad. Era su amor motivo de doble melancolía: añoranza del pasado obscuro y doloroso, y ansia de cariño que buscara el suyo.

Pura era su alma como las flores que acaricia en los picachos inaccesibles la nieve immaculada.

Su cuerpo, fiel reflejo de sus cristalinos dones morales, tenía, en armonioso conjunto, el encanto de lo bello que por ser frágil gusta de arrullar al compás de una canción de amor.

De su humilde cuarto realquilado a la tienda y de ésta a aquél, sin ninguna notable desviación de ese programa, así pasaban los días en la existencia de Clara.

Por las noches, la fantasía se enseñoreaba de su cabecita de veinte años, y en sueños se entregaba a la quimera.

¿Llamaría algún día a su puerta el corazón de un hombre?

Carlos Sterlitz, hijo único de buena casa, y estudiante en víspera de licenciarse en Derecho, dedicárase siempre afanosamente a su carrera, y tal vez no había otro joven en la Universidad que como él no tuviera aún, en el haber de la cuenta de hazañas donjuanescas, un solo apunte siquiera insignificante y pueril.

Los padres de Carlos adoraban en él.

El señor Sterlitz, riquísimo industrial, era soberbio y absoluto. Su inflexible carácter hacía creer que no había camino por donde no pudiera pasar, si se le antojara atravesarlo.

Doña Ana, su esposa y antípoda, había envejecido a su lado sin haber conocido casi esas horas de amor inolvidable a que ella aspirara y mereciera tanto.

El industrial había en todo momento pospuesto su amor a sus negocios al amor a su amantísima compañera.

En esas condiciones, había de faltar en su familia el bienestar que sólo proporciona el gran afecto colectivo, pues sobraba el rigor.

Doña Ana no se atreviera nunca a llevarle la contraria a su marido; y Carlos equilibraba, con el placer de sus estudios, la escasez de consideración paterna.

1

De temperamento más pronunciadamente alegre que reservado, Carlos procuraba de continuo modificar la idiosincrasia de su padre, ya fuera en la mesa o en otras ocasiones, mas esforzábbase con estéril insistencia.

Cierta tarde, casualmente, Carlos pasó delante de la guantería donde trabajaba Clara, y tropezó, sin querer, con ella, que llegaba, de vuelta de comer, muy de prisa.

—Perdón...—murmuró él al tiempo que ella desaparecía hacia el interior de la tienda.

Como ella dibujara en sus labios una sonrisa como para demostrarle que lo disculpaba, Carlos sonrió a su vez y concibió el deseo de hablarle. Para ello, aunque sin necesidad de hacerlo, le compraría unos guantes. De este modo oiría su voz y sus manos se rozarían.

Clara, al ver a Carlos en la tienda y que se dirigía recto a ella, se azoró ligeramente.

—Un par de guantes de piel, señorita.

—¿Qué color prefiere el caballero?

—El que usted quiera de tono oscuro.

—¿Estos?... No, son pequeños... ¿Estos?... También son pequeños... A ver este par... Este sí que es su número, ¿verdad?

—Sí, señorita... Supongo que no le hice daño ahí fuera, cuando usted entraba.

—¡Oh, no, caballero! Fué mía la culpa... Iba de prisa porque era tarde... Son siete pesetas.

—Muchas gracias. Adiós, señorita.

En el alma de Clara floreció la ilusión. ¿Sería aquel el principio de la aventura soñada?

Carlos comprendió que no había estado elocuente, y se acogió a la idea de enviarle unas flores.

Hízolo, por conducto del botones de un renombrado floricultor, añadiendo la siguiente nota manuscrita:

Señorita:

Le envío estas flores... Son seguramente más hermosas que las que no acerté a decirle hace un momento. Reciba usted el homenaje de su admirador

CARLOS STERLITZ.

Clara llenóse de dicha ante el curso que tomaba el brusco encuentro con Carlos, y pocas horas después, a la salida de la tienda, tal como ella lo anhelaba y presintiera, encontró a su galán.

—¿No le molesta mi presencia, señorita?

—No nací desagradecida, caballero... Su fineza es excesiva por un simple tropiezo...

—Pero insignificante en relación con lo que merece su belleza... ¿Me permite usted que la acompañe?

—No hay mal en ello.

—¿Y que le pregunte cómo se llama?

—Clara es mi nombre; Horbor, mi apellido.

—¿Vive usted con su familia?

—No la tengo... Sola estoy...

—¿Completamente sola?

—No... Con mis ilusiones...

—La mayor de ellas, ¿cuál es?

—Amar y ser amada.

—Ese ideal es fácil de realizar... siendo usted tan bonita.

—Jamás interesó mi corazón ningún hombre.

—Dichoso el que sepa despertarlo.

—¡Quién sabe!

—Cuando una mujer reune, como usted, todas las gracias con que sueña un hombre, ha de tener la convicción de hacer feliz al elegido...

—No sé... No se me presentó aún ese caso...

—¿Todavía no?... ¿Y no tiene siquiera esperanzas de que ello ocurra más o menos temprano?

—Por ahora...

—¿De veras?

—No sé...

—Si yo le dijera...

—¡Ah! Ya llegamos. Aquí es. En esta casa, en el último piso, está mi nido.

—Vacío y triste...

—¿Por qué?...

—No hay nido feliz sin arrullos de amor...

—Algún día, si así está escrito, puede haberlos...
La esperanza es media felicidad.

—¿Hasta mañana? ¿Me aceptará usted a su lado hasta aquí?

—No sabría negarme...

—¡Adiós, señorita Clara!

—¡Adiós, señor Carlos!

La guantera subió a su cuarto, y al entrar en él le pareció que aquella habitación de soltera que cobijaba su vida de soledad y de trabajo, era una jaula dorada de la que pronto debía salir para emprender su vuelo hacia la dicha.

Habían pasado varios días y Carlos, el hijo del millonario, comprendió que Clara sería la mujer que reinaría siempre en su corazón, y determinóse a concretar el interés que le demostrara desde el primer "tropiezo".

Clara vió colmada su felicidad con la carta que le envió a la tienda su pretendiente, y la cual decía así:

Clara:

Sirvan estas líneas para decir que mis labios no han sabido pronunciar lo que mi corazón les manda. Hasta hoy me bastaron sus sonrisas y sus miradas, pero hoy ya necesito algo más. Necesito saber si usted me ama o si me querrá alguna vez. La esperaré como siempre y yo quisiera que sus ojos y sus labios me digan que usted ha comprendido.

Suyo siempre,

CARLOS.

Clara pronunció el "sí" con toda su alma, y apasionadamente enamorados uno de otro seguían, al correr de los días, absortos viviendo su novela de amor.

Cierta noche, Carlos había citado a Clara en el

jardín de su casa, y la esperaba con impaciencia febril.

Clara vacilara antes de decidirse a complacer a Carlos, pero, al fin, vencidos sus escrúpulos, acudió a la entrevista.

—"Te resistías a venir"... Es este el rincón favorito a donde vengo cada noche para pensar en ti. Luego quiero que veas también mi morada, la morada que será tuya.

—No, Carlos, yo no debo entrar en tu casa.

—Yo quiero que me creas... porque yo te adoro... y ansío estrecharte en mis brazos con loco frenesí...

—Carlos, yo no debía venir aquí...

—Clara, mi nena... Estoy sufriendo viéndote a mi lado casi indiferente a mis súplicas de cariño... Ven... acércate a mí... Así... Dame tus manos... Así... ¿No me quieres?... ¡Clarita, amor mío, qué dulce eres!

En el silencio del perfumado lugar sonaron unos besos... ¡los primeros!

—Carlos, quiero volver a mi casa...

—¿Qué temas a mi lado? ¿No es absoluta tu confianza en mí?

—Sí, Carlos; pero...

—Tranquilízate... En mis brazos hallarás siempre amparo y protección, y en mi alma el más grandioso amor.

—Yo te creo, Carlos... ¡te amo tanto!

—Ahora quiero que veas mi casa. No hay nadie en ella, te lo aseguro. Mis padres se marcharon por unos días, y los criados tienen fiesta. Todo lo preparé yo para recibirte... porque sabía que aceptarías mi invitación. Vamos...

—Pero... ¿no estamos bien aquí, Carlos?

—Mujer de poca fe, no temas... ¿No ves cuánto te amo?

Clara se dejó llevar por Carlos, y ya en la casa, solos, presas del loco y ciego niño, deslizáronse las horas en peligrosa intimidad... y la juventud y el amor cometieron una locura...

De madrugada, cuando la luna aun teñía de plata los tejados de las casas, Clara, acompañada de Carlos, emprendió el regreso a su jaula, aquella jaula que ella soñaba abandonar pronto para emprender el vuelo hacia la dicha.



..y ya en la casa, solos, presas del loco y ciego niño...

Algunos meses después.

Clara y Carlos se amaban con más bríos cada día, pero, de pronto, una nube se cernió sobre el horizonte de los enamorados; Clara estaba enferma...

Consultado un médico, adquirió la certeza de sus dudas. La locura de la juventud y el amor tenía grave consecuencia...

De vuelta a su casa, su antiguo nido no le pareció ya a Clara la jaula cuya puerta debía abrirse para ir hacia la felicidad.

Anegados de lágrimas sus ojos, y desesperada por haber pecado, escribió a Carlos la siguiente carta:

Mi amado:

Hoy fui a ver al médico y pasé la vergüenza más grande que puede pasar una mujer... Mis temores se han visto confirmados. Si es cierto que me amas, si tus ojos y tus labios no mienten, haz que pueda levantar la frente llevándome tú siempre del brazo.

Carlos, dispuesto a reparar su falta, aseguróse la complicidad de los criados, que ya estaban en el secreto de sus amores, y al día siguiente le fué po-

sible a Clara llegar hasta la habitación de Carlos.

—Luego... ¿es cierto, Clara de mi vida?

—Sí... no hay duda alguna... ¡Carlos, si no por amor, por compasión sálvame de este trance!

—Te amo y te amaré siempre... Por mí no pasarás vergüenza alguna... Ahora mismo hablaremos a mi madre.

—¿Qué me dirá, Carlos?

—No temas... es mujer y yo nací de ella como de tí nacerá nuestro hijo.

Carlos venció la indecisión de Clara, y la llevó a donde se encontraba doña Ana ocupada en unas labores de mano.

—Madre... voy a presentarle a la que debe ser mi esposa.

—¡Qué dices, Carlos! ¿Enteraste antes a tu padre?

—El corazón lo manda, madre... Además, *debo* casarme con ella.

—¿*Debes?*... ¿Qué has hecho, muchacho?

—Mírela, madre... Esta es Clara, mi vida... De hinojos te implora piedad... Será madre de un desgraciado si usted no nos ayuda. Convenza a papá.

—¡Ah, locos, locos!

—Sí, madre, lo fuimos... pero lo irremediable no necesita otra cosa que arreglo. Hable usted a papá. Hágalo por ella y por mí... Estoy seguro que accederá.

—Sí, buena señora, protéjanos usted—balbució Clara suplicante.

Doña Ana miró a la cuitada, y sus ojos, al verla tan abatida, se perlaron, y le prometió, acariciándole el pelo:

—Yo procuraré por vosotros... *hija mía*.

Y es que aquella madre sabia lo que es el amor

y el dolor de una mujer... ¡como todas las madres!

—¡Gracias, madre mía, gracias!—exclamó Carlos, besándole las manos.

—Confíad en mí... Váyase usted ahora—dijo a Clara.

Carlos acompañó a Clara hasta la puerta de su casa, y antes de que ella se marchara le dió esperanzas.

—Vuelve, vuelve en seguida... dentro de media hora. Yo creo que entonces estará todo arreglado.

Entretanto, doña Ana se avistaba con su esposo, en el gabinete-despacho de éste.

—Carlos nos ha dado un pequeño disgusto... Ha elegido esposa.

—¡¡Qué!! ¿Quién es ella?

—Una pobre muchacha.

—¿Ha perdido Carlos el seso?

—Se trata de un caso de honor...

—¿Honor?... La gente tiene un concepto muy especial de las cosas.

—Nuestro hijo reconoce su falta.

—¡No sabe lo que hace!

—Ella es una buena muchacha... Creo que puede hacerle feliz.

—Basta. Es inútil que abogues por ellos. Dile a Carlos que venga.

—Por última vez... por su felicidad... ¡por el que ha de nacer!—suplicó doña Ana al riguroso padre.

—¡He dicho que basta! ¡Que venga Carlos!

Doña Ana, dolorida, avisó a su hijo que fuera a hablar con su padre, y con la expresión de su rostro dióle a entender que ella no consiguiera nada a su favor.

Carlos se presentó a aquél con el firme propósito de defender contra todo a Clara.

—¿Qué tontería has cometido y qué nueva tontería piensas cometer?

—¡Padre, es la única mujer a la que puedo amar!

—Hijo mío, tú sabes que es otra la mujer que debes amar. Desde hace tiempo concerté tu matrimonio con Elisa de Dormunt.

—Eso lo hizo usted sin contar conmigo.

—Lo hice con miras a tu bienestar.

—Pues no será, padre... Conocí a Clara en la calle... la hice mía y me casaré con ella porque soy honrado... lo que usted me enseñó a ser.

—Eres muy joven y a tu edad esas cosas se toman muy en serio. Todos hemos querido "ser honrados" alguna vez.

—Es inquebrantable mi propósito de hacer a Clara mi esposa. Si no quiere usted disculpar mi ligereza, me verá en el doloroso paso de sacrificarlo todo por ella y por el ser que se anuncia...

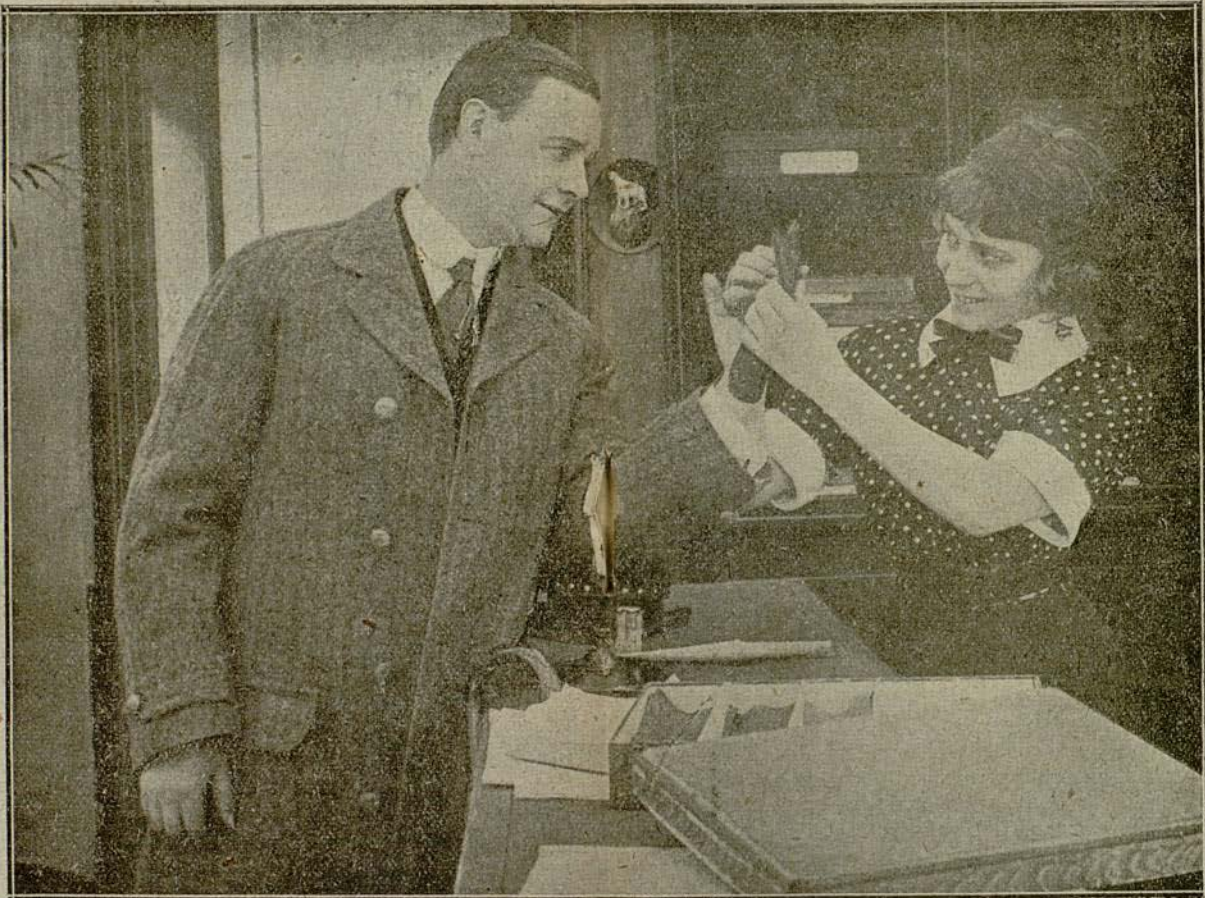
—No es necesario llevar las cosas a ese extremo. Yo soy tu padre y tengo el derecho de velar por tí para el presente y también para el futuro. Voy a hacer una prueba contigo... Aquí tengo la guía de trenes... Ve a hacer una visita a los marqueses de Dormunt lo antes posible.

—No puede ser... Yo no debo abandonar un solo momento a mi Clara.

—No terminé. Ve allí te digo, y si consigues relevarme de la palabra que di, vuelve y si aun la amas, ya hablaremos. Creo que mi proposición es muy justa.

—Padre... Usted considera esto como un asunto comercial... y se trata de la felicidad de su hijo y del honor de una mujer...

—Todo eso puedes salvarlo cumpliendo mis de-



— Supongo que no le hice daño ahí fuera, cuando usted entraba.

— ¡Oh, no caballero! Fué mía la culpa.

seos. No te entristezcas... Vete hoy mismo... sale un tren dentro de media hora.

El señor Sterlitz apoyó su mano en un botón y apareció un criado:

—Prepare el equipaje del señorito—le ordenó.

Carlos iba a protestar, mas su padre le detuvo.

—No te apures, sométete a mi prueba... A ella no le faltará nada... te lo prometo.

—Quisiera, antes, verla.

—No te lo aconsejo... En este preciso instante es cuando debes resolverte a seguir mis indicaciones. ¿Aceptas?

—No estoy aún decidido... Es que...

—Te aseguro que tú mismo aplaudirás mi proceder en cuanto estés libre de recelos. No titubees, hijo mío... Lo que te diga tu padre no puede tener más que un objetivo: tu bien.

Carlos, vencido al fin, aunque a fuerza de persuasión por parte de su padre, marchóse de su casa, hacia la estación, antes de que volviera a ella la desventurada Clara.

El señor Sterlitz se encerró con la "pecadora" en su gabinete.

—Yo soy el padre de Carlos. Mandé que la hicieran pasar aquí, para hablar con usted a solas.

—Señor...

—¿Quiere usted explicarme... *todo*?

—Le conocí y le amé... ese es mi pecado.

—Por un asunto urgente, mi hijo se ha visto obligado a salir de viaje sin avisar a nadie... Tardará bastante tiempo en volver.

—¿Es posible, señor, que Carlos me haya abandonado? ¡Oh, Dios mío!

—Son, estas, cosas inevitables. Pero yo no puedo consentir que mientras él está ausente, quede us-

ted sin recursos... Soy un hombre honrado. Tome este sobre... En él hay cierta suma que la ayudará bastante...

—¡No! Me compró él sin dinero porque el corazón no se vende... No quiera usted rescatarme de ese modo...

—Insisto en que acepte este socorro. Considero



—...por su hijo... por el mío que también llevará su sangre... ¡devuélvame a Carlos!

que le será indispensable.

—¡Oh, nunca!... Por lo que usted más quiera... por su hijo... por el mío que también llevará su sangre... ¡devuélvame a Carlos!

—La compadezco, joven... Pero procure olvidar-le... aun puede usted ser feliz.

—Madre de los Desamparados, ¿por qué le amé tanto?—sollozó Clara.

Y como el señor Sterlitz no se conmoviera ante su inmenso dolor, no le cupo otra solución a Clara que la de alejarse muerta de pena de la casa donde se consumara el pecado...

III

El marqués de Dormunt recibió de su amigo el señor Sterlitz, el siguiente telegrama:

Mi hijo Carlos llegará a esa en el último tren de hoy. Creo que estamos en el momento de llevar adelante nuestros planes.

STERLITZ.

—¡Qué alegría tendrá Elisa!—exclamó para sí el Marqués, yendo en busca de su hija y de su esposa.

—Leed esto—les dijo al encontrarlas en el jardín.

—¡Oh, papá!

—¡Qué sorpresa!

—Carlos ha querido aprovechar sus vacaciones para pasarlas contigo, Elisa.

—Eso no prueba nada, papá.

—Según su padre, viene, esta vez, dispuesto a hacerte la corte. ¿Estás contenta?

—No puedo disimular lo contrario.

—Está por llegar. Haremos que enganchen para ir a esperarle a la estación.

Poco después, Carlos era recibido por los Marqueses con verdadero afecto.

Elisa, radiante de alegría, deseaba que hubiese llegado para ella la hora de vestir las galas nupciales.

Clara, después del desengaño que le diera el padre del hombre amado, abandonó el trabajo de la tienda para ir a ocultar, en cualquier rincón de la ciudad, su falta.

Antes de despedirse, rogó a la dueña que le guardase las cartas que tal vez recibiera a su nombre.

Carlos, que no la olvidaba, decidió escribirle para estimularla a esperar, a tener confianza en él, pero sus cartas no llegarían jamás a destino.

En efecto, el señor Sterlitz, a fin de que Clara creyese en el olvido de Carlos, logró sobornar a la dueña de la guantería para que las cartas de su hijo le fueran entregadas a él personalmente.

Y a medida que llegaba el plazo fatal, cruel melancolía se apoderaba del alma de Carlos que se reprochaba no haber sabido ser más hombre para hacer frente al destino.

Elisa comprendió que Carlos le ocultaba un secreto, y cierta tarde le habló francamente.

—Hace tiempo que estás aquí, Carlos, y no has aprendido a conocerme... Yo sí... Sé que no me quieres... que tienes una pena oculta... y no te atreves a decírmela.

—No tengo nada... es una suposición que no tiene base... Te lo aseguro, Elisa.

—No te creo, Carlos. Mirame frente a frente... Estoy por encima de las conveniencias de familia... Soy fuerte... Cuéntame tu secreto.

—No insistas, Elisa.

—Tú sufres... ¿Amas a otra mujer, Carlos? Dímelo, sin temor a nada, como se lo confiarías a una hermana.

Carlos no pudo menos de sincerarse con Elisa.

—Amo a una mujer, es cierto. Esa mujer ha de ser pronto madre de mi hijo.

—¿Lo ves? Por fin hablaste. ¿Y qué haces que no vas a prodigarle tus caricias? Viniste aquí por imposición paterna, a la que tú no supiste rebelarte. Lo temí. Pero no debes seguir aquí. ¿Cuándo ha de ser "eso"?

—Pronto ha de ser.

—¿No sabes nada de ella?

—No he cesado de escribirle... pero no he tenido nunca contestación a mis cartas.

—Debes continuar escribiéndole. Vamos a tu cuarto. Yo te ayudaré.

Carlos, admirado de Elisa, mujer de alma valerosa, escribió bajo su dictado una sentimental carta de amor y de esperanza.

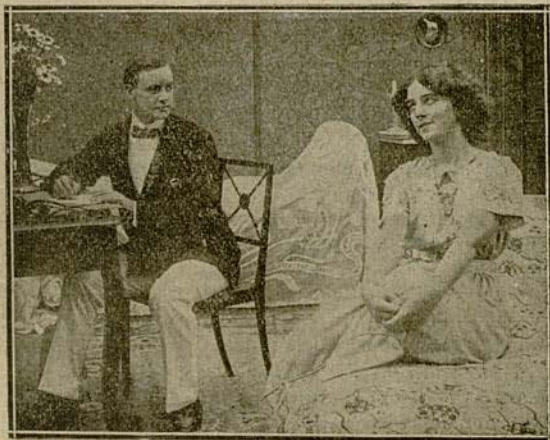
Clara de mi alma:

Por fin puedo decirte que serás mía siempre... Libre ya de los convencionalismos de familia, volveré a ti en cuanto reciba contestación a esta carta. Mi padre ya no podrá negar, porque mi viaje ha

vencido el obstáculo que él quiso probar de oponerme para que le demostrase si te quería como es verdad que te quiero...

Elisa siguió dictando esa carta, sin saber cómo su corazón no estallaba de pena al renunciar ella misma a la felicidad que soñara con Carlos.

En vano esperaron Carlos y Elisa la carta que



Elisa siguió dictando esa carta, sin saber cómo su corazón no estallaba de pena...

no había de llegar.

Y el señor Sterlitz antes se hubiera olvidado de presentar una letra el día de su cobro, que de ir a buscar aquellas cartas en las que Carlos ponía todo su amor.

Y con qué diferente emoción eran leídas. El señor Sterlitz veía por ellas que hay almas que no

se pueden torcer como caminos... y su esposa comprendía el desamparo en que debía estar aquella mujer que cayó en pecado de amor.

—Esa mujerzuela le había sorbido el seso—murmuraba el señor Sterlitz a cada nueva carta interceptada.

Pasaron días, eternos, interrogantes...

Carlos, desasosegado, pedía consejo a Elisa, su buena hada.

—No me contesta, Elisa... ¿Será que me desprecia?

—Más grave puede ser el motivo del silencio de Clara... Yo creo que lo mejor es que vayas a Copenhague... Allí lo averiguarás todo... Vete esta misma noche... Yo iré mañana y convenceré a tu padre.

—¿De veras, Elisa?

—Una mujer que sufre no debe abandonarse por nada. Tu deber te llama a su lado, y la misericordia exige el perdón de tu padre.

—¿Qué buena eres, Elisa!

—Soy una mujer, Carlos... Si pecamos, es por bondad... Avisaré al cochero.

—¿No se negará a conducirme a la estación?

—De ningún modo. Mis menores deseos son órdenes para él... Oye, Manuel...

—¿Qué manda la señorita?

—Necesito un favor... el señorito Carlos quiere marchar a la ciudad esta misma noche. ¿Te opones?...

—Es que... los caballos... Pero, nada, nada... Dispongan de mí.

Marchóse Carlos, sin que nadie le viera, secundado por Elisa, y al desaparecer el coche a la vuelta del camino, quemantes lágrimas rodaron por las mejillas de la doncella.

—No te preocupes... La hallarás, seréis felices... y yo... ¡Dios me lo premiará!—dijérale antes de que partiera.

IV

A la mañana siguiente, antes de presentarse a sus padres, Carlos, llevado de su afán, encaminó sus pasos a la tienda de la guantera.

—He mandado de continuo cartas dirigidas a Clara, su dependienta. ¿Sabe usted si se han recibido?

—Clara marchó de aquí hace varios meses... ¿Quién sabe dónde para!

—¿No la ha visto usted más?

—Al principio, sí, pues enviaba a buscar su correo... pero después no se presentó ya nadie de su parte... ni he recibido sus cartas.

—¡Yo las mandé aquí... y han debido llegar!

—Tal vez... alguien... interesado... las haya interceptado.

Carlos salió indignado de la guantería, y se dirigió a su casa, presentándose con aire hostil ante sus padres.

—¡;Tú aquí!!—exclamó el señor Sterlitz.

—Sí. He venido para cumplir con mi deber. Adivino lo que usted ha hecho conmigo y con esa pobre mujer. Pero yo sabré demostrar a usted quién es su hijo.

—Pues ten en cuenta, insensato, que no volverás a entrar en esta casa... Saluda y despídete de tu madre.

—Así... ¿lo que usted cree digno es deshonrar a una mujer y abandonarla luego?

—¡Lo noble, lo digno, es que un hijo obedezca siempre lo que le manda su padre!

—¡Por encima de la familia, por encima de toda ley humana, están la conciencia y el corazón que mandan!

—¡Basta! Obedece, o márchate.

—¡Madre mía!

—¡Hijo! Lloro en mis brazos... Tu padre sabe por qué hace ciertas cosas... Reflexiona... y llora, hijo mío, llora...

En tanto, había llegado para Clara el momento en que no podía ocultar más lo que el mundo calificaría de deshonra.

Un tierno angelito dormía profundamente en una cunita.

Viera la luz unas horas antes.

La maternidad había hecho sufrir horrorosamente a Clara, y por dar vida al fruto de su pecado, su propia vida estaba a las puertas de la muerte.

—Escúcheme... Parece que estoy algo mejor... Quisiera sentarme—balbucía la pobre mujer.

Una enfermera la incorporó ligeramente en el lecho, pero Clara renunció a ello en el acto.

—Fué una ilusión...—dijo—desfallezco... Tráigame aquel retrato y aquel dije... Es él... me abandono pero le perdono... que las culpas del padre no



—¡Por encima de la familia, por encima de toda ley humana, están la conciencia y el corazón que mandan!

caigan sobre el hijo... Cuando muera... entregarle esto al niño... es la única y triste herencia que puedo dejarle a mi hijo sin nombre.

—Señor... me parece que esa mujer agoniza—avisó la enfermera al doctor.

Acudió éste al lado de la paciente, y en su presencia extinguióse la vida de la infeliz, sin haber

pronunciado el más ligero reproche contra nadie, como una santa.

Elisa llegaba de improviso a la casa de los Sterlitz.

—¿Cómo ha sido eso, Elisa?—le preguntó doña Ana.

—Lo decidimos ayer con Carlos... Ha sido una sorpresa que les hemos dado. Pero ¿qué pasa? ¿Ocurre algo?

—Carlos, hija mía, está llorando en su cuarto y no quiere hablar con nadie.

—Voy a verle... Creo que en estos momentos me necesitará.

Elisa empujó la puerta de la habitación de Carlos en el momento en que éste, con extraordinario asombro, leía en un periódico uno de los sucesos del día:

"Ayer, en una de las principales calles de la ciudad, fué hallada desfallecida una mujer. Auxiliada, declaró llamarse Clara Horbor. Fué conducida al Hospital en gravísimo estado."

—¡Oh, Elisa! ¡Clara, mi Clara está en el hospital! Lee...

—¡Dios mío! Corramos a verla...

Carlos y Elisa salieron presurosos en dirección al benéfico establecimiento, y conducidos al reservado donde fué asistida la yacente, recibieron el rudo golpe de contemplarla sin vida.

—¡Clara, Clara de mi alma!—lloró Carlos besando el querido rostro de su primer amor.

Elisa, partida el alma, cogió en sus brazos al hijo del pecado, y se lo enseñó a Carlos:

—Carlos... Carlos... mira... ¡Es tu hijo!

Pero Carlos besaba mil veces más a su pobrecita Clara, y transido de dolor dijo luego a Elisa:

—Ha muerto por mí... por mi cobardía... ¿Para qué vivir sin ella?

—No, no desesperes... Te ha dejado un hijo y lo que para él haga's te lo premiará ella desde el Cielo. Carlos... El destino es más fuerte que tu ideal... De este niño que es tuyo yo seré su madre.

—¿Tú, Elisa?...



—¡Dios mío! Corramos a verla...

—No llores, Carlos... Amando como si fuera su verdadera madre a este inocente ser, tal vez llegues tú a olvidar lo bastante a la que tanto amaste, y quede en tu corazón un pequeño lugar para mí.

—¡Elisa, Elisa, qué buena eres!

FIN

(Prohibida la reproducción)

PRÓXIMO NÚMERO:

La extraordinaria.
superproducción
METRO

Scaramouche

Creación de
Alice Terry, Ramón Nava-
rro y Lewis Stone
Dirección de Rex Ingram

Grandioso acontecimiento
artístico.

Postal-fotografía-regalo:

Ossi Oswalda

Precio: 25 céntimos

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles. En toda España.

Recuerde y pida en todos
los quioscos y librerías

La inhumana

Quinto libro de la selecta

Colección de
Obras Maestras
de

La Novela Semanal
Cinematográfica

Original asunto
Presentación inmejorable.

Precio:

UNA PESETA

Nadie, nadie dejará de leer:

De mujer a mujer

Estupenda novela que conmoverá
a las multitudes.

Genial interpretación del papel de
protagonista en la pantalla,
de la bella artista

Betty Compson

Este es el décimo libro, en prensa,
de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films
de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Lujosa presentación

Precio: UNA PESETA